

Umbral de serpientes

Escribe: JOSE PUBEN

Esperaba la llegada de sus amigos. Había cenado, muy temprano por cierto, y un ligero sopor invadía su vista. Con los dedos buscaba, sobre la cama, en inútiles intentos, el par de ases: ¡dos puntos blancos sobre la pulida superficie!

Casi todas las noches, Darío y sus amigos, jugaban y bebían hasta el amanecer. Al salir, balanceándose, una ligera sombra, como teñida de azul, les rondaba los ojos.

Darío dormía hasta las 11 o 12 de la mañana. Por las tardes se dedicaba al grito, casi airado, de voz pastosa, para anunciar sus pomadas, hierbas, polvos, cáscaras de palo, hojas para bebedizos, azabaches de la suerte *para el mal de ojo*, aguas colorantes *para que no salgan granos en la cabeza*, y al espectáculo de sus serpientes, indefensas y estériles, que anidaban en una sucia caja de madera.

"Vamos a rezar esta moneda. La moneda de la fortuna. En este vaso de cristal, que ustedes pueden ver, no olviden depositar objetos de metal, monedas, o si les parece bien, anillos. Echaremos tres pelos de mujer en el líquido. La señora podría hacerme el favor... Su anillo, caballero, puede partirse. Los pelos se han disuelto. Es mejor que no arroje su anillo en el vaso... ¡Nunca vendan o cambien la moneda de la suerte, por nada del mundo! ¡El azoguero les permitirá ver el vaso con comodidad!"

(El hombre formaba un círculo con el público de crédulos. Se disponían, a simple vista, a comprarle ungüentos o brebajes de virtud. Y acercándose a la caja de las culebras permitía que una de ellas se enrollara en torno a su brazo; pero antes la aseguraba con los dedos, cerca de la cabeza, a manera de horqueta, para poderla dominar. Con el indefenso animal, que le cubría el brazo, demostraba la efectividad de sus ungüentos contra las picaduras venenosas. Otras veces se la enrollaba en el cuello y anunciaba un combate a muerte con la serpiente que esperaba en la caja. Liberándose de ella, con gestos calculados, la depositaba en el suelo, mientras el público emitía un murmullo de prevención ante el ofidio que parecía más muerto que vivo sobre la sucia calzada; pero antes de iniciar el combate era necesario comentar, una y otra vez, con

diferentes argumentos y ejemplos, los productos de su mercado y la *acertada solución a los problemas cotidianos*. Un sentimiento de tranquilidad parecía dominar el ambiente cuando el hombre resolvía, horas después, dejar sobre el suelo, tan larga como era, la otra serpiente. El público observaba, en silencio, cómo los dos ofidios, tendidos en el amplio círculo, se iban deslizando lentamente hasta confundirse en un nudo de mutuo color; sin que se presentara el anunciado combate que ya, por aquellos momentos, se había alejado de la mente de los espectadores en medio de consejos mesiánicos y propaganda de específicos).

De la calle, aquella noche, se filtraba el tono ronco, lejano y perdido entre las paredes, de una vieja canción, sentimental y perversa, surgida de la radiola estruendosa y vibrante de un bar cercano: *...No existe ningún ser humano que haga un sacrificio...*

Entre la duermevela, creada por el humo del cigarrillo y la música hostigante, llegaba la imagen de un sueño que cubría los rincones del cuarto y parecía dejar que este flotara en un vacío infinito y denso. Allí, tendido sobre una colcha blanca, tejida con hilo grueso del mismo color y formando espirales ordenadas en diseño monótono, esperaba, muchas veces hasta tarde de la noche, que alguno de sus amigos llegara a golpear impacientemente la destartada puerta del cuarto. A la luz amarillenta y débil del bombillo Darío observaba, entre saludos, el alterado y sudoroso rostro, de líneas duras y decididas, de otro compañero de ventas ambulantes que traía, en un descolgado bolsillo del saco, una botella de aguardiente. Acompañada de gestos infantiles, una sonora carcajada cruzaba el aire, áspero y soñoliento, de la habitación.

Otras veces dejaba sin seguro la puerta. Cuando el borracho amigo —de algunos se podía decir que eran solo conocidos— golpeaba sobre ella, esta se abría violentamente revotando contra la pared. Al fondo, en lo oscuro, un hombre descansaba tendido a lo largo del lecho. La lucecita del cigarrillo de marihuana dejaba ver el rostro de Darío que, a pesar de la sorpresa del borracho, continuaba sin mosquearse: apenas pronunció palabra alguna invitando a ocupar alguno de los sitios que podían servir para sentarse *...Mano... ¿Qué cuentas de la calle?... ¡Una mirada de extraña tranquilidad salía de sus ojos!*

La ligera niebla de “precioso humo”, al decir de ellos, que cubría el reducido espacio del cuarto se conservaba en el ambiente; pues cuando alguien cruzaba el umbral, la puerta se cerraba al momento.

Al llegar Carlos ocupaba cualquier espacio libre del cuarto. Aquello lo hacía feliz. Con previos movimientos de los brazos pretendía despejar un lugar apropiado a sus deseos. En aquel reducido vacío navegaba lo mejor de su personalidad. Un mundo lejano y amargo se disolvía al entrar en contacto con el extraño sosiego que le traía el diálogo con sus amigos. Respirando honda y sonoramente trataba de aspirar el humo que invadía, como un velo, todos los contornos del cuarto. Darío, en cambio, lúcido en sus gestos, le exigía silencio a la vez que, con la mano derecha, le pasaba un cigarrillo de marihuana a punto de extinguirse, casi quemándole los dedos. Carlitos, con la actitud de un sediento, lograba recibirlo entre sus temblorosos dedos, sin perder una partícula, para aspirar satisfecho sus últimos residuos.

Dos hermanos, uno de ellos demasiado joven, llegaron a plantear un *nuevo negocio*. Los detalles de este trabajo se definieron con monosílabos y terminaron con una cita, para el día siguiente, en los alrededores del lugar de trabajo de Darío.

Estas visitas terminaban en borracheras de cuatro o seis personas, incómodamente distribuídas en el suelo o en los bordes de la cama. Cuando la farra empezaba a progresar la imagen real de la estrechez del cuarto se transformaba en cómodos espacios, que parecían rodear los cuerpos, entre espejismos de fraternidad. Otras veces en las sesiones participaban prostitutas que lloriqueaban, en medio del aguardiente, un diálogo de frustración y sexo.

Las horas en el cuarto se hacían lentas al principio de la jornada; pero cuando la marihuana y el licor invadían todos los poros, los hombres empezaban a modular un lenguaje de nigromantes vencidos por la vida con frases incompletas, nombres repetidos y vocales acentuadas largamente, en palabras que parecían no tener consonantes.

En plena borrachera Carlitos sacó la caja de las culebras, depositada debajo de la cama. Y con gesto divertido, a la manera de un encantador de serpientes, divagó entre expresiones sonoras y perdidas en sí mismo, en medio de un círculo de incandescente simpatía, antes de sacar, con violencia, uno de los ofidios y arrojarlo con gesto perverso, en delirante vuelo, sobre la cama donde tres borrachos dormitaban o insistían, hasta cansarse, en alguno de sus estúpidos argumentos. La serpiente cayó pesadamente sobre el pecho de uno de los hombres y con un movimiento cimbreado pretendió deslizarse rápida, entre los cuerpos; pero otro de los borrachos la volvió a arrojar en vuelo, en medio de risas, contra el muchacho que no disimulaba cierto temor y fastidio, pese a que los pobres animales no tenían colmillos para depositar todo el veneno, pleno de odio vencido, que su sola figura denunciaba.

Darío veía cruzar ante sus ojos, dominados por la impotencia que le traía el licor, el circular vuelo de sus serpientes que cruzaban el espeso aire en actitud de retante defensa:

¡Lánguido y lento, atropellando la noche, se imaginó relatando una historia sufrida entre el fuego de un insospechado infierno de palabras que traían entre sus ecos, de plástica evocación, un nido de serpientes, dueñas del secreto del mundo, y encerradas en un nudo ciego de carne palpitante de infamia. Era un ambiente caviloso y abrumado por la duda, hecho para el cálculo, la sorna, el cinismo y la estafa, con un cascabel de terror perdido entre el sueño de la muerte!